

41. MAMÁ MORENA

“Pocas cosas hay más descorazonadoras que pasar revista al desastre financiero provocado por De la Madrid. Baste decir que en el sexenio se registró una inflación del 4,771% contra 360% atribuible a López Portillo y 104% a Echeverría. La deuda externa subió a 100,000 millones de dólares, y de la interna casi se perdió la cuenta al llegar a los trillones de pesos, ya que incesantemente se imprimían CETES para pagar no el capital, sino los simples réditos. En muchos casos las empresas tenían que destinar hasta el 80% de las utilidades brutas para cumplir sus obligaciones fiscales y las de sus accionistas. Por supuesto, crear nuevas fuentes de trabajo pasó a ser una labor quijotesca que muy pocos se resignaban a emprender, y el desempleo se agudizó. Estos horrores permitieron a De la Madrid cumplir con su misión de servir de tapadera de López Portillo y antecesores”

NAIPES DE POLVO página 768

El PRI nació de la fusión del espíritu originario de Mesoamérica y del importado Mundo Árabe, mestizaje nutrido y crecido en la Gran Tenochtitlan, convertida en cabeza de la Nueva España, más tarde, Distrito Federal y hoy Ciudad de México.

Desde el mito de la fundación de la metrópoli azteca en que un águila posada en un nopal devora una serpiente, todos los hilos de la vida nacional conducen al centro de una supuesta Federación de Estados, denominada República de los Estados Unidos Mexicanos, uno de sus más grandes mitos. Del arte Mesoamericano -la plaza, el mascarón, la crestería, el estuco coloreado- vino un estilo propio y sentimiento cósmico *maternal* con idea inmanente de Nación fundada en los valores puros de la madre tierra. Del arte Islamicomoro -la cúpula, la basílica, el mosaico, los arcos sobre columnas- vino el *gesto, la fe y la tribu*, conjunción que se expresa en la forma de gobernar del PRI que fue, en su más sensible y fecundo periodo -entre El Turco y El Feo- la de un gobierno de *consensus* incluyente buscando beneficiar al ciudadano de a pie.

El aliento del imperio yanqui, estableciéndose en el mundo, apenas volteaba a vernos, lo que permite y explica que hasta la época de Cárdenas, México era predominantemente rural, y por tanto, la astucia del campo sobrevivía al dominio de la inteligencia citadina, el de una ciudad *todavía* de barrios -provinciana-, la Ciudad de México. La llamada Época de Oro del cine mexicano -cursi, idílica, acartonada y de profundo edipismo- es un símbolo mayor de esa época. Todo mexicano podía aspirar a ser beneficiario del mal llamado paternalismo gubernamental -que nosotros encontramos claramente *maternal*- ya que bastaba con tener un amigo que fuera vecino del primo de un compadre del hijo de un funcionario equis para aspirar a un contrato, una beca, trabajo, concesión, o una obra para su barrio. La gente acudía al líder del vecindario quien trabajaba en forma semejante a como hacen los pueblos originarios, discutiéndola en *cónclave* hasta llegar a un acuerdo, no por mayoría sino por *unanimidad*. El líder, a su vez, acompañado de su gente, lleva la *petición* a su eslabón en la cadena *maternal* -compadre, amigo, pariente, vecino- quien a su vez lleva el asunto más arriba. En este ánimo racial prevalece como hilo conductor -somático y metafísico- la profundidad instintiva del *compadre*. De pronto -como piñata llena de dulces rompiéndose- *cae del cielo* el beneficio, nunca logrado como gestión *de derecho ciudadano*, sino más propiamente como un proceso de *lotería*, que el PRI llamó *democracia*. Para este espíritu es justificable el “fraude patriótico” ya que a ello se debe la paz social, y solamente a ellos compete calificar qué cosa es hacer patria.

Esta vida interior, mezcla de Calpulli mesoamericano y Medina árabe, resistió por décadas los embates “civilizadores” extranjeros hasta que finalmente el PRI se colapsa con la irrupción del

pan y el circo –la cultura pop- del imperio yanqui, en su expansión global. El muro se derrumba. El cuerpo del pueblo –a nivel mundial- que ya en lo esencial se ha hecho urbano, se empieza a disolver en masa informe. La emigración masiva del campo a la ciudad que en Europa y Estados Unidos es provocado por la revolución industrial, llega a México, barriendo forma y fondo de la vieja *manera* mexicana. La gestión tribal de los primeros tiempos del PRI vertiginosamente evoluciona de su máscara original, sobria y acotada, a la cínica, frívola, rapaz citadina que a López III -El Perro- motiva a decir “soy el último presidente de la revolución”.

El impasse para enganchar a México al imperio que en El Orejón encuentra su hombre más conspicuo, cede el poder al PAN, partido que nunca encuentra el rumbo, y además pierde pronto el *suyo propio*. La irrupción de la masa –caldo de cultivo a partir del 68- cobrando cuerpo de actor con MORENA, resulta en el *ánimo racial* y *profundidad instintiva* de un movimiento informe insistiendo en la utopía de volver a ritos arcaicos y exóticos como resistencia al yugo imperial.

Ni el pan que su caudillo arroje a la masa, ni los espasmos ahitos de los propietarios de México, cambiarán un ápice nuestra lenta inmersión –como escolta del imperio- en los estados más primitivos de la humanidad.

¿Tenemos alternativa? Hablamos de los hechos de la realidad, no del discurso.